

López Velarde y la patria

VICENTE FRANCISCO TORRES | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

Resumen

El presente texto es un acercamiento celebratorio a la poesía de Ramón López Velarde; reflexiona también sobre una parte de su trabajo ensayístico. Más que cuestionar las afirmaciones que se han hecho sobre este poeta, las identifica y las suscribe.

Abstract

This text is a celebratory approach to the poetry of Ramón López Velarde; He also reflects on a part of his essay work. Rather than questioning the claims that have been made about this poet, he identifies and subscribes to them.

Palabras clave: Patria, nacionalismo, tropos, hedonismo, modernismo, vanguardia poética.

Keywords: Homeland, nationalism, tropes, hedonism, modernism, poetic avant-garde.

Para citar este artículo: Torres, Vicente Francisco, "López Velarde y la patria", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 56, semestre I, enero-junio de 2021, UAM Azcapotzalco, pp. 39-48.

*En la patria late el ritmo de la Virgen,
es decir, de la divinidad.*

Sergio Fernández

1

A principios de este 2021 empezaron a aparecer en la prensa artículos sobre Ramón López Velarde (1888-1921) que tenían la intención beligerante y oracular de advertir que el poeta zacatecano sería usado para

justificar el patriotismo del presente sexenio. Aprovechaban, de paso, para aconsejar algunas interpretaciones y apreciaciones.

Es evidente que esos guardianes de la verdad poética han sido afectados, en mayor o menor medida, por el gobierno actual, y aprovechan cualquier ocasión para ponerle piedras en el camino. Todos los que tenemos una vida cómoda hemos sido afectados por sus decisiones, pero no todos comprenden que el dinero se distribuya más equitativamente y que la justeza presupuestaria no se opone a la realización de una labor artística. Allí están Roberto Arlt, François Villon o José Revueltas para probarlo, aunque sé que los detractores podrán acumular listas más amplias de autores para quienes el bienestar fue determinante en su labor creativa. No hay peor sordo que el que no quiere oír...

Esto deriva de las diversas ideas que se han mantenido de la patria (con conquistadores o sin ellos, con Chiapas y sin Chiapas, con grupos precolombinos y sin ellos, patria o nación, etcétera)¹. Lo que quiere evitarse es la identificación de la patria con los intereses que defiende el gobierno de hoy —como antes lo hicieron los de ayer— dadas las cosas que el vocablo concita y que son peligrosas para quienes no desean cambios en el estado del país. Porque el concepto de patria se ha vinculado al amor maternal y al terruño, mismos que, según dice el Himno nacional, han de defenderse hasta con la vida. No obstante, las siguientes cuartillas

¹ Alfredo Ávila Rueda y Jesús Hernández Jaimés, "Qué es la patria. Visiones a través de la historia", en *Relatos e Historias en México*, año IX, número 97, México: Editorial Raíces, septiembre de 2016, pp. 40-57.

hablan sobre la poesía de Ramón López Velarde en general y sobre "La suave patria" en particular. Son una especie de recordatorio que suscribe lo dicho por Sergio Fernández, Guillermo Sheridan, José Emilio Pacheco, Allen W. Phillips y Octavio Paz, entre otros.

Afortunadamente existen las 877 apretadas páginas que José Luis Martínez entregó en *Ramón López Velarde. Obras* (Biblioteca Americana) FCE, 1971. Allí compila los libros que el artista publicó en vida —*La sangre devota* (1916) y *Zozobra* (1919)—, más los dos que el vate dejó listos —*El son del corazón* (1932) que incluye la "Suave patria", misma que el poeta terminó al final de sus días, y *El minuterero* (1923)—. A esto hemos de agregar los volúmenes preparados por estudiosos y amantes de su obra, como *Primeras poesías* (1905-1912) y diversas crónicas y artículos. Tan puntual es la edición de José Luis Martínez que comenta uno por uno los textos e incluye los más célebres artículos y poemas que se publicaron a propósito de la aparición de cada libro. Huelga decir que hay abundancia de citas tomadas de los más célebres ensayos sobre el poeta y multitud de notas rescatadas de artículos y periódicos imposibles de conseguir por el lector no especializado.

En el meticuloso trabajo de José Luis Martínez a menudo surge *Las fuentes de Fuensanta* (1947), de Luis Noyola Vázquez, y caí en la cuenta de que este investigador y poeta había sido mi maestro de Literatura en la Escuela Nacional Preparatoria, mejor conocida como Colegio de San Ildefonso. Era un hombre moreno y alto, grueso de carnes y con el pelo ondulado. A menudo lo encontraba en los pasillos, conversando con

Andrés Henestrosa y José Gaos. A pesar de la convivencia que había tenido con las grandes figuras de la poesía (Enrique González Martínez prologó el libro citado), nunca habló de su vida literaria. En sus clases nos leía novelas como *Los de abajo*, de Mariano Azuela; no era un gran profesor, pero sus lecturas eran gratas porque, hoy lo sé, fue un orador notable.

2

A Ramón López Velarde le tocó vivir la violencia revolucionaria iniciada en 1910 y, mientras los miembros del Ateneo de la Juventud plantearon el estudio del nacionalismo para definir lo que era nuestro país, López Velarde, sin estar vinculado a ellos, en su obra celebró las bondades de la provincia y de todo lo mexicano que vemos en “La suave patria”, su gran poema que preparó a raíz de las conmemoraciones del centenario de la consumación de la Independencia y de la caída de Tenochtitlan (1521).

En los múltiples ensayos y poemas que se han escrito a propósito de la obra poética del autor aparece la celebración de la vida provinciana. Este es el objetivo primordial de su primer libro, cuyo título es elocuente: *La sangre devota*, de profundas resonancias religiosas y conventuales. Sus años en el seminario dejaron profunda huella mística que moderaba su perenne sensualidad. Frecuentó el sexo mercenario pero idealizó a las mujeres devotas. Su vida y su obra muestran esa tensión a lo largo de su corta vida que apenas llegó a los 33 años de edad. Al parecer, murió por complicaciones asociadas a la sífilis, tal como sugieren

Guillermo Sheridan² y Marco Antonio Campos³. Luis Noyola Vázquez, en *Las fuentes de Fuensanta*, dice sobre la proclividad erótica del poeta: “su deseabilidad erótica era continua, tanto que no se iba día sin sacrificar a Cipris y Afrodita; y Pedro de Alba remata: nunca negó sus debilidades, y aun los amores mercenarios los rodeaba de entrañable fuerza⁴.”

Si el amor por su terruño y la nostalgia de la infancia no fueran suficientes, para explicar sus intereses, Antonio Castro Leal puntualiza esta raigambre:

La primera influencia, a mi parecer determinante y decisiva, en la obra del poeta López Velarde es la del poeta laguense Francisco González de León (1862-1945), de quien supo, según cuenta en su artículo “El capellán”, por el padre Mireles [...] González León publicó en Lagos de Moreno otro libro, *Maquetas* (1908), colección de versos sobre lo que habría de ser desde entonces su dominio indiscutible: la vida provinciana, su tranquilo y reducido escenario, sus apacibles personajes, sus vicisitudes sentimentales y sus inocentes placeres. Esa influencia se hizo sentir tanto sobre la visión como sobre la técnica de López Velarde. Le enseñó a ver la provincia como material artístico, a sentirla en sus perfiles literarios, y le suministró al mismo tiempo

² Guillermo Sheridan, “Sobre la muerte de López Velarde”, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

³ Marco Antonio Campos, *El tigre incendiado. Ensayos sobre Ramón López Velarde*, México: Instituto Zacatecano de Cultura Ramón López Velarde, 2005, pp. 77-78.

⁴ José Luis Martínez, en *Ramón López Velarde. Obras*, México: Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Americana), 1971, p. 118.

determinados modos de expresión: metro, imágenes, adjetivos, fórmulas verbales [...]. No se trata, está claro, de una copia o imitación servil: esa fuente no hizo más que favorecer y apresurar el desarrollo de modos de ver y de decir que ya existían y estaban a punto de desarrollarse en López Velarde.⁵

Los títulos de los poemas de *La sangre devota* son elocuentes sobre la nostalgia provinciana y el regreso a la tierra natal, Zatecas: “Domingos de provincia”, “Viaje al terruño”, “Tenías un rebozo de seda”, “A la gracia primitiva de las aldeanas”, “Cuaresmal”, “Mientras muere la tarde”, “A la patrona de mi pueblo”. Arcones, lozas, enramadas, aromas, panes, paisajes, lejanías, campanas, balcones, ventanas, plaza de armas, mañanas y amaneceres. El corazón de su tierra estuvo en la catedral.

Cuando idealizó mujeres (“Mi prima Águeda”) fueron de mayor edad que él, como Fuensanta, nimada también por la enfermedad, la agonía y la muerte.

Entre estos cantos beatíficos ya mete la cola el diablo. En “A Sara”, el erotismo aparece atemperado por las palabras exactas. La tilda de flexible y contundente, tortura de hielo y combustión de pira, golosina de horas muelles, racimo copioso y magno de promisión. Sin embargo, esa brava arquitectura se romperá como un hielo, en la sepultura. Su erotismo, aunque se extingue con idealismo y muerte, suele resurgir entre rescoldos:

Siempre que inicio un vuelo
por encima de todo
un demonio sarcástico maúlla
y me devuelve al lodo⁶.

Vive y muere añorando sus nupcias ideales, pero bien sabe que, como conducen a los hijos, se detiene abruptamente pues ellos le parecen un compromiso eterno.

Es explicable la admiración que suscitó con este su primer libro, lleno de rimas seductoras, de metáforas inesperadas e ideas contradictorias. Era un poeta diestro, un hombre atormentado y cautivo de la belleza. Cuando publicó *La sangre devota*, con 28 años de edad, ya era un poeta hecho y derecho.

Julio Torri celebró ese primer libro y Rafael López abre el segundo, *Zozobra*, con un poema:

Imagino tu sensualidad de católico
en la misa del Arte. Sutilmente diabólico
distraes a los fieles con tu ambigua actitud⁷.

En el hermoso poema titulado “El viejo pozo”, López Velarde evoca a sus tías consumidas por la “devoción católica y la brasa de eros”. A ellas atribuye su herencia:

Evoco todo trémulo a estas antepasadas
porque heredé de ellas el afán temerario
de mezclar cielo y tierra, afán que me ha metido
en tan graves aprietos en el confesionario⁸.

⁵ Antonio Castro Leal, en Ramón López Velarde, *Poesías completas y El minuterero*, México: Editorial Porrúa (Escritores Mexicanos), 1977, pp. X-XI.

⁶ José Luis Martínez, *op. cit.*, pp. 793-794.

⁷ *Ibid.*, p. 125.

⁸ *Ibid.*, p. 130.

En *Zozobra* plantea la virginidad como una tortura; el deseo se le figura una hilera de hormigas corriendo por sus venas. El regreso a la tierra natal es ahora la vuelta al edén subvertido. Y otra vez, el amor aparece atado a la voluptuosidad y a la muerte. En el último poema de *Zozobra*, premonitoriamente, López Velarde se despide y deja a sus lectores en ascuas hasta que los amigos entreguen *El son del corazón*, que va precedido de un texto en donde Genaro Fernández Mac Gregor destaca la musicalidad de sus versos, anterior a los mismos contenidos: “La musicalidad es lo primero que en ellos sorprende...antes de entenderlo [...] Aun sin prestar atención a lo que se expresa, su cadencia nos trae ya un dejo provinciano persistente”⁹.

Como pórtico de *Zozobra* se encuentra también “Mis encuentros con el buen Ramón”, de Djed Bórquez, que con el tiempo resultó importante para la difusión oficial de “La suave patria”. El poema aparece el primero de junio en la revista *El Maestro*, y su autor muere el día 19 del mismo mes, de 1921. Bórquez acompañaba a Álvaro Obregón en su habitual caminata matutina por el bosque de Chapultepec y le comentó la muerte del poeta. Le recitó en seguida algunos versos de lo que luego sería llamado “nuestro segundo himno nacional” y el presidente, dueño de una memoria envidiable, memorizó las líneas escuchadas y por la tarde, cuando se encontró con José Vasconcelos, a la sazón rector de la UNAM, repitió los versos y dijo que había que hacer

un homenaje nacional al poeta. Este fue el inicio de una paradoja: “La suave patria” se convirtió en un poema que habría de recitarse en las ceremonias escolares y en “La hora nacional”, el programa radiofónico que, en la década de 1970, surgía en cadena nacional todos los domingos a la media noche y que interrumpía la música o los programas de quien estuviera trabajando a primeras horas de la madrugada. Como eran tiempos en que no existían los medios electrónicos para que la gente pudiera escaparse de los programas radiofónicos, acabó siendo un texto rechazado, porque tenía que ser escuchado a fuerza, amén que los radio escuchas, muy probablemente, desconocían la obra de López Velarde.

Victoria Dorenlas, la mujer tlaxcalteca que sirvió de inspiración a Jorge González Camarena en su óleo famoso que le da a la patria rostro de mujer, es otra historia relacionada con la difusión de la idea de patria que encarnaron los primeros libros de texto gratuito, aupados por Jaime Torres Bodet con la invaluable colaboración de Martín Luis Guzmán. La imagen de esa mestiza que portaba la bandera en una mano, con los elementos del escudo nacional en un primer plano y la presencia de maíz y frutos, además de ruinas prehispánicas y un libro en la otra mano, pasaron a ser la imagen por antonomasia de la patria, misma que ha servido para hacer parodias cuando nos encontramos ante grandes problemas. Recuerdo una de la revista *El Chamuco* que apareció cuando Enrique Peña Nieto y sus secuaces consumaron la mal llamada reforma energética. Era una parodia triste y

⁹ *Ibid.*, p.188.

atroz que permanece en el imaginario de los mexicanos.

En un magistral ensayo titulado "Historia de un corazón promiscuo", Sergio Fernández había recordado que los máximos ideales del poeta son femeninos:

Es la Provincia una mujer y una mujer la Patria. La obra entera del poeta parece encaminada a lograr fusión tal; tal idiosincrasia. La mujer es el mundo; el mundo es la mujer. En este sentido se podría afirmar que pocas obsesiones tan pleonásticamente obsesivas se dan entre hombres que escriben poesía. López Velarde es un nuevo Midas al que todo se le convierte en femenino. En este caso se cuece, ¿a qué dudarlo? una forma de promiscuidad donde la Virgen, la Patria, la provincia, la tarde, la mar, la novia la amante, la hermana, la esposa, la madre son una y la misma.¹⁰

Como introito de *El son del corazón*, aparece una carta de José Juan Tablada a Rafael López, que describe la pugna entre pasión e ideal que habitaba al poeta: "Por tu referencia volví a leer 'La última odalisca' de nuestro Ramón López Velarde. ¡Qué poeta, qué pasmosa simultaneidad de cerebro y corazón, cómo supo hacer que convergieran el pasado y el futuro en los latidos de su corazón! Ése fue un arcángel, un serafín de Dios, que cayó un instante en la tierra y rebotó sobre nuestro barro con ímpetu tal que se nos fue"¹¹.

¹⁰ Sergio Fernández, *Homenajes. A Sor Juana, a López Velarde, a José Gorostiza*, México: Secretaría de Educación Pública (SepSetentas), 1972, p. 123.

¹¹ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 802.

Muchos son los poetas y ensayistas que se han ocupado de la obra poética de López Velarde. A fin de no continuar con las citas que dicen lo mismo, con más o menos fortuna, entrego este apunte que José Emilio Pacheco hizo en su célebre *Antología del modernismo*:

Como tantos hombres que llevan dentro de sí la noción cristiana de culpa, López Velarde no ama a las que desea y no desea a las que ama. Sigue creyendo que el deseo es pecado y profanación de la inocencia virginal [...] López Velarde no encontró a la "hurí" (el término es suyo: la criatura de un paraíso en que las bienaventuradas pueden, sin culpa, dar rienda suelta a su sexualidad) capaz de permitirle conocer el absoluto amor que vuelve a los opuestos complementarios. O no quiso encontrarla porque la convivencia y la domesticidad amansarían la fuerza del amor-pasión y "las victorias opulentas / se han de volver impedimentas. De esta indigencia del hombre, de esta fatalidad, nació la plenitud del poeta."¹²

Dos cosas más sobre *El son del corazón*: al borde la muerte, el erotismo se vuelve incendiario en la celebración de las piernas de Anna Pavlova. Y, en "Mi villa" hace un recuento de lo que hubiera sido su existencia en Zacatecas, de no haberlo tentado el demonio de la gran ciudad.

El son del corazón incluye "La suave Patria", que ha sido objeto de celebraciones pero también de controversia siempre y,

¹² José Emilio Pacheco, *Antología del modernismo. 1884-1921*, México: UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario), t. II, pp. 162-163.

particularmente, este 2021. A mi juicio, más allá de filias y fobias políticas y literarias, hay que devolver a las palabras su sentido más propio y antiguo: el etimológico. Patria es, llanamente, “la tierra de los padres”: “Padre, 1132. Del lat. PATER PATRIS. Íd. [...] Patrio, h. 1530, lat. ·relativo al padre·; patria, 2º. Cuarto S. XV, propte. Tierra de los padres”.¹³

Al margen de su verbo miraculado, sus tropos desconcertantes y la música aprendida en el Siglo de Oro y en los modernistas (particularmente en Leopoldo Lugones), vale decir de sus galas de poeta, en “La suave patria”: López Velarde se propone dejar sus poemas idealistas y provincianos para hacer una epopeya, un canto épico dedicado a la patria. Será un canto asordinado, es decir, sin los tonos marciales de las gestas heroicas.

Aplica a la patria dos adjetivos que, desde entonces, le serán inherentes: impecable y diamantina. La envolverá en elementos tropicales que guardan música de selvas, cadencias de hacheros y sonrisa de muchachas. En el primer acto celebra los elementos típicos de México: el maíz, las minas, los cielos limpios y las aves. Menciona las cosas buenas que nos trajo el cristianismo, como la humildad del establo en que nació Jesús y la opone al petróleo que siempre ha dejado problemas en donde se derrama.

Empieza el contraste entre la vida provinciana que tanto vimos en sus versos anteriores y la ciudad de México, personalizada en la calle Plateros, hoy Madero, y sus se-

¹³ Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid: Editorial Gredos (Biblioteca Románica Hispánica), 3ª. ed., 1980, p. 432.

xoservidoras que se ofertaban en carreteras. Luego viene el recuerdo del territorio que nos arrebató Estados Unidos y, a la figuración de la patria como una mujer, la viste de percal y de abalorios, es decir, de telas y adornos baratos. Sin embargo, nuestro territorio sigue siendo tan grande que el ferrocarril, visto a la distancia, parece un trenecito de juguete.

En las tierras tropicales, dice, México luce colorido, como el lomo de los delfines en el mar, e invoca uno de nuestros mayores productos, el tabaco, y el color de éste le hace pensar en las sierras, oriental y occidental, que envuelven a Zacatecas¹⁴. A pericos, “garzas en desliz” y pájaros carpinteros, “La suave patria, “alacena y pajarera”, ha de sumar el colibrí. Empieza la enumeración de elementos culturales como los bailes, la artesanía de barro, la variedad de picantes, incienso, rompopo, etcétera, porque, recordemos, este poema sugería al país conservar sus tradiciones y elementos característicos ante la homogeneización que se empezaba a derramar desde Estados Unidos.

Viene después un intermedio en el que López Velarde recuerda cómo cayó la ciudad de Tenochtitlan y cómo fue apresado Cuauhtémoc, el último emperador, que huía

¹⁴ “Ese minúsculo punto en el espacio del norte mexicano, históricamente, fue zona de tránsito desde una antigüedad que puede antojarse milenaria pues, situado entre las dos sierras, era el punto menos abrupto para pasar hacia el altiplano Central o para internarse en las rutas prehispánicas que conducían hacia el norte”. Véase Guillermo Tovar y de Teresa et al., “Cantera de sueños”, en *La ciudad de Zacatecas*, México: Grupo Azabache, 1991, p. 13.

en una piragua junto con su familia. Re-crea, por supuesto, el episodio del tormento para que revelara el lugar en donde estaba el oro que con tanto denuedo buscaban los españoles.

En el segundo acto, como en sus poemas anteriores, canta a las mujeres virtuosas que llevaban la falda hasta el tobillo y tienen el perfume de la limpieza. Nuestra patria, a pesar de todos los recursos naturales con que cuenta, vive en pobreza franciscana. Por esto recuerda a Felipe de Jesús, primer santo mexicano cuya muerte fue tan similar a la de Jesucristo. El instinto vuelve a colarse en la figura de la patria, raptada en tiempo de cuaresma, cuando la carne debe guardar especial reposo.

José Emilio Pacheco advirtió que cada verso de nuestro autor necesitaba ser desentrañado, pero dijo también que, como sucede con muchos poetas, hay estrofas que quedan indescifrables, como las últimas líneas de “La suave patria”.

“Novedad de la patria”, ensayo que apareció en el primer número de la revista *El Maestro* mientras López Velarde preparaba “La suave patria”, sostenía que la revolución —lucha encarnizada cuya violencia vivió el poeta— dejó la idea de una patria *no pomposa*, sino *humilde*. La patria, dijo, no será histórica ni política, sino íntima. Se la ha descubierto a través de sensaciones y reflexiones:

No es que la despojemos de su ropaje moral y costumbrista. La amamos típica [...] A la nacionalidad volvemos por amor...y pobreza [...] Hijos pródigos de una patria que ni siquiera sabemos definir, empezamos a observarla. Caste-

llana y morisca, rayada de azteca, una vez que raspamos de su cuerpo las pinturas de olla de sindicato, ofrece —digámoslo con una de esas locuciones pícaras de la vida airada— el café con leche de su piel.¹⁵

En el conjunto de prosas contenidas en *El minuterero*, López Velarde vuelve a la emoción del terruño (“En el solar”) e insiste en el mestizaje que convierte a los mexicanos en la mezcla de café con leche que vemos en la piel. Guillermo Sheridan piensa que “La suave patria” es una vuelta a la provincia después del periplo mundano del poeta:

Quizá lo escribí [“La suave patria”] más que para festejar el centenario de la consumación de la independencia, para festejar al que fue él cuando todavía creía en esos valores. Si los primeros poemas en los que explora la patria perdida, Jerez, esta intención es directa, en “La suave patria” se empeña en revivir los cuadros e imágenes que tan fácilmente se le daban antes de *Zozobra*. Y lo hace bien. Tiene imágenes inolvidables, como aquella en que oye “crujir los esqueletos en parejas”. O impenetrables como “La carreta alegórica de paja”, al final.¹⁶

La idea de patria que nos hereda el vate zacatecano es amorosa, íntima, típica, conservadora y humilde ante los cambios que se avecinaban. Si el porfiriató recibió una fuerte influencia europea, los comienzos del siglo

¹⁵ Ramón López Velarde, *El minuterero*, en *Poesías completas y el minuterero...*, p. 296.

¹⁶ Guillermo Sheridan, *Un corazón adicto. La vida de Ramón López Velarde*, México: Fondo de Cultura Económica (Tezontle), 1989, p. 216.

xx auguran la propagación de lo estadounidense, con la uniformidad del consumo y la cultura.

Vuelvo al ensayo de Sergio Fernández porque cala hondo en la psique y la literatura del jerezano. No sólo dice palabras bonitas como tantas que han corrido sobre nuestro poeta. Fernández sí tiene una escritura lírica, pero sobre todo profunda en el ejercicio de la comprensión:

Pero esta carencia existencial, llamémosla así, de algún modo opuesta a la realización poética, es a la que aludo cuando digo que es uno de los puntos de partida para conocer a este ser fatalista, lloriqueante, *feudal*, miedoso, amargo, bobalicón en ocasiones, lleno de violencia interna, a su manera casto, cursi algunas veces, aburrido en las cuatro fastidiosas paredes de su amada provincia; triste también, ¡tristísimo!, provocativo, lujurioso, sensual, sentimental, religioso de agua bendita y de golpe de pecho, misteriosísimo de corazón y alma, además de obviamente gran, grandísimo poeta.¹⁷

Sergio Fernández por su proclividad erótica, lo llamó “nuevo Tántalo”, pero dice que esa sensualidad no podía cristalizar porque, dada su naturaleza, no era obtenible:

Él deseó, deseó tanto que su ambición —¿debería yo llamar ontológica?— trascendió el plano de lo femenino concreto, fue más allá del ideal, también; y una vez allí, frenético, enloquecido, supo que su apetito no puede ser saciado, ya lo dije, porque no es saciable: me refiero a la

cópula de amor, en todo su esplendor, con el “eterno femenino”, o con ninguna otra suerte de perennidad. Sin embargo, acaso lo privativo en él, lo “velardiano”, consistió en un salirse con la suya no en el nivel de la existencia sino en el de la poesía donde, para decirlo a rajatabla...copuló.¹⁸

Allen W. Phillips fue de los primeros en señalar que López Velarde fue hijo del modernismo e iniciador de la poesía mexicana de vanguardia: “López Velarde, pues, profundo conocedor de la tradición modernista pero a la vez audaz e independiente, supera aquella herencia literaria en lo que tenía de superficial e inicia, hacia 1915, la poesía mexicana moderna.”¹⁹

Deseo concluir con unas palabras de Pablo Neruda que el mismo Phillips rescata de una fuente literaria muy poco conocida:

Ha de saberse, asimismo, que esta poesía es comestible, como turrón, o mazapán, o dulces de aldea, preparados con misteriosa pulcritud y cuya delicia cruje en nuestros dientes golosos. Ninguna poesía tuvo antes o después tanta dulzura, ni fue tan amasada con harinas celestiales.

Pero bajo esta fragilidad hay agua y piedra eterna. Cuidado con engañarse. Cuidado con superjuzgar este atildamiento y esta exquisita exactitud. Pocos poetas con tan breves palabras

¹⁸ *Ibid.*, p. 106.

¹⁹ Allen W. Phillips, *Cinco estudios sobre literatura mexicana moderna*, México: Secretaría de Educación Pública (SepSetentas), 1974, p. 131.

¹⁷ Sergio Fernández, *op. cit.*, pp. 106 y 107.

nos han dicho tanto, y tan eternamente, de su propia tierra. López Velarde también hace historia.²⁰

Fuentes de consulta

- Ávila, Alfredo y Jesús Hernández Jaimes, "Qué es la patria. Visiones a través de la historia", en *Relatos e Historias en México*, año IX, número 97, México: Editorial Raíces, septiembre de 2016.
- Campos, Marco Antonio, *El tigre incendiado. Ensayos sobre Ramón López Velarde*, México: Instituto Zacatecano de Cultura Ramón López Velarde, 2005.
- Corominas, Joan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid: Editorial Gredos (Biblioteca Románica Hispánica), 3ª. ed., 1980.
- Fernández, Sergio, *Homenajes. A Sor Juana, a López Velarde, a José Gorostiza*, México: Secretaría de Educación Pública (SepSetentas), 1972.
- López Velarde, Ramón, *Obras*, México: Fondo de Cultura Económica (Biblioteca Americana), Edición de José Luis Martínez, 1971.
- , *Poesías completas y El minuterero*, México: Editorial Porrúa (Escritores Mexicanos), edición de Antonio Castro Leal, 1977.
- Pacheco, José Emilio, *Antología del modernismo. 1884-1921*, México: UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario), t. II.
- Phillips, Allen W., *Cinco estudios sobre literatura mexicana moderna*, México: Secretaría de Educación Pública (SepSetentas), 1974.
- Sheridan, Guillermo, "Sobre la muerte de López Velarde", en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- , *Un corazón adicto. La vida de Ramón López Velarde*, México: Fondo de Cultura Económica (Tezontle), 1989.
- Tovar y de Teresa, Guillermo *et al.*, "Cantera de sueños", en *La ciudad de Zacatecas*, México, Grupo Azabache, 1991.

²⁰ *Ibid.*, p. 136.